

“Cada vez que muere un maestro es como si ardiera una biblioteca...”

Triste por la noticia

Al ver la instantánea –entre un grupo de profesionales, compañeros, amigos– Esteve Cirera sigue haciéndome partícipe de una particular y excepcional manera de entender un vitalismo propio de Xavier Bichat, médico francés cofundador de la corriente filosófica y estudioso de la histología del cerebro. *Fuerza vital sin la que la vida no podría ser explicada.*

¿La fotografía?. Londres, 1996. Marzo. Nos trasladaron a una población cercana a la City, Sándwich. En la sede de una industria farmacéutica asistimos un grupo de psiquiatras catalanes a unas jornadas sobre *Nuevos avances en antidepresivos serotoninérgicos*. Pero la inquietud y curiosidad de Cirera me arrastraron a la aventura de buscar la biblioteca de la institución y recibir una lección (una más), sobre cómo encontrar lo que tiene validez de entre los contextos banalizables. Gran maestro en tal delicada disciplina, sobre todo cuándo lo banal no sabe que lo es.

Cirera era de Caldes de Montbui, villa termal conocida por sus balnearios, próxima a Barcelona. Desde mi niñez, también caldense, –y sin tener la menor idea de todo el agradecimiento del que en el futuro le sería deudor (sobre todo en los años 1985 a 1989, dirigiendo él la Unidad de Interconsulta de la Subdivisión de Psiquiatría y Psicología Médica del Hospital Clínico y Provincial de Barcelona)–, trazos biográficos de Esteve Cirera me fueron llegando a través de referencias cercanas y de índole cotidiana.

La familia Cirera había regentado un local dedicado a la hostelería. Mi padre, en aquellos años becario de farmacia, me había descrito en diversas ocasiones cómo era la sala, en el piso superior del ambigú, donde estudiaban: espartana, grande, muy grande, una mesa, un par de sillas y desparramados en toda la superficie del suelo multitud de libros, la mayor parte de medicina y disciplinas afines. Mi abuelo, reumatólogo, mantuvo una buena amistad con un jovencísimo Esteve Cirera interesado –aunque todavía no por motivos profesionales– en las infecciones medulares. Acudió a él para que le aleccionara sobre técnicas de rehabilitación periférica. Se fraguó una colaboración que culminó en el diseño y construcción de un artefacto destinado a la electroterapia. Yo no lo he visto. Pero, según el propio Cirera, todavía guardaba el ingenio.

No hay espacio para desarrollar en toda amplitud su riqueza humana, profesional y docente (en aquellos años de formación, mis recuerdos van desde las reuniones matutinas antes de iniciar el trabajo asistencial al desenfado lúdico, franco, de quien amaba la vida, en el bar *Galeno* frente al hospital).

Pero hay dos episodios que sí quiero narrar.

La bibliografía. A mi llegada a la Unidad de Interconsulta, ávido por leer todo el material científico que se me indicara, me encontré con dos recomendaciones *estilo* Cirera, además de una extensa *bibliografía*: la lectura de las novelas de Dostoyesky, y la identificación de perfiles psicopatológicos en el deambular por determinadas barriadas marginales de Barcelona (de nuevo el investigador en su propia coexistencia con el humanista en la trinchera).

La primera guardia. Dadas las especiales circunstancias que el Servicio sufría en aquel período, a poco de llegar ya estaba en el turno de guardias. En el refuerzo, más allá de las cuatro de la madrugada, apareció la policía nacional aportando una paciente en estupor psicótico. Con anterioridad, en su alteración perceptiva, había cometido actos mediando sangre. Cumplimenté el ingreso en sala... junto con el destacamento de policía (no menos de ocho efectivos). Al día siguiente había mucha gente en el hospital que tenía *algo más* que un verdadero interés en hablar conmigo. Cirera también. Pero no extrañé su defensa del aprendiz en apuros. Poseía un verdadero criterio de equipo y temple para liderarlo.

Los pacientes tratados por él adquirían un contacto especial. Se percibían sus maneras terapéuticas. Quizás el *toque* Valpromida ayudaba a ello.

Y en esta avalancha de recuerdos, su necrológica. Falleció el 13 de julio de este año. Antiguo Director de la Subdivisión de Psiquiatría del Hospital Clínico. Hacía tiempo que no le veía ... y esta deuda ya no admite devolución.

C. Surribas
C. de Redacción